

**analisi**

SEPTIEMBRE 1983

2



# ALLENDE 70 AÑOS DESPUES

**El hombre de las grandes alamedas  
Los cristianos y el gobierno popular de Allende**



# EL HOMBRE DE LAS GRANDES ALAMEDAS

Volodia Teitelboim

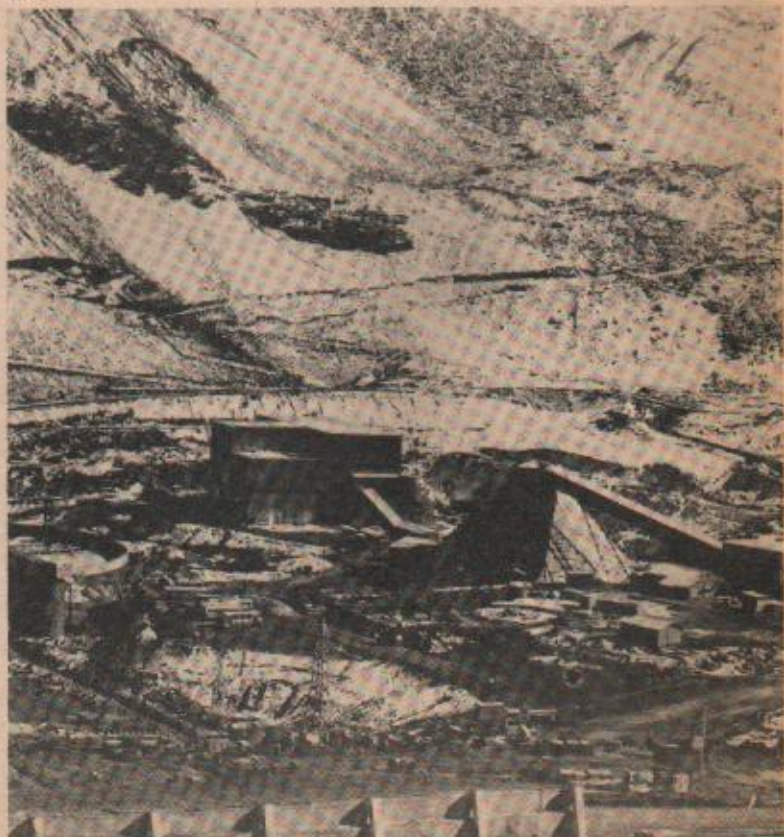
Tengo a la vista la fotografía de cuatro soldados sacando de La Moneda incendiada, envuelto en un poncho, el cadáver de Salvador Allende. Diez años después, ¿llegó la hora de poder decir en Chile toda la verdad a su respecto?

Quisiera testificar algo sobre él, en vista que nuestra relación personal y política duró casi cuarenta años. Se hizo más directa a partir de 1952, cuando Allende, militante del Partido Socialista, se negó a apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, que, como se sabe, había sido en Chile un dictador militar, derrocado el 26 de julio de 1931 por un gran movimiento de Protesta Nacional. No olvidaba que bajo ese régimen tiránico, perseguido por la policía como dirigente estudiantil subversivo, durante los funerales de su padre, donde apareció intempestivamente, él había jurado dedicar su vida a la lucha por la libertad, la democracia, la emancipación de los trabajadores. Incluso sostuvo allí que sería capaz de ofrendarla por esa causa. Tenía la cualidad del gesto grande y se inspiraba en el gesto de los grandes. Tal vez en Bolívar subiendo al Monte Aventino para prometer no darse pausa de reposo mientras no quebrara las cadenas del poder extranjero. Quizás en Balmaceda. Acaso en el Ché.

Fue entonces candidato del Frente del Pueblo. Como Secretario General de esa campaña, debimos acompañarlo incluso a los

puntos más apartados del país. ¡Qué postulación tan pobre! No eran pocos los que la apodaban con un mote que estimaban despectivo: saludo a la bandera. Sí. No se vendía la bandera en el mercado del éxito, al precio de sacrificar los principios. Así era él.

Repudiaba el golpismo. Sustentaba que la democracia, una democracia que entendía en su sentido pristino: **gobierno del pueblo**, no podía ser inmolada en el altar de las conveniencias, llamando o inclinándose ante el **gendarme necesario**. Y entregó su vida por esos ideales.



Allende pagó con su vida la nacionalización del cobre, el salitre y el hierro.





Allende consideraba necesario integrar a las Fuerzas Armadas al proceso de desarrollo del país.

Demócrata medular, tenía algo de su bisabuelo paterno, guerrillero por la independencia de Chile, de su abuelo Ramón, médico y senador radical, "El Rojo Allende". Se formó en ese ambiente familiar. Adolescente, se embebió en la lectura actualizada de la Revolución Francesa. Pero como hombre de su tiempo, no podía ni quería ignorar los cambios acaecidos, la Nueva Revolución que sacude el siglo XX. Se integraría totalmente a su signo. Ser contemporáneo era para él ser socialista. Se adentró en el marxismo. Estudió las diversas revoluciones producidas en cuatro continentes. Aprendió de todas y propuso para Chile un camino hacia la sociedad justa con que soñaba; la cual, acogiendo contenidos universales, adoptaría formas propias. Pensó en una transformación social de fondo, realizada por un gran movimiento de millones de chilenos, que pasara por las urnas, haciendo del voto título legítimo y constitucional que refrendara una revolución verdaderamente en libertad y democracia. Nadie puede negar, si se atiene a los hechos, que fue un pluralista decidido. Bajo su gobierno actuaron en Chile sin limitaciones to-

dos los Partidos. Según la certera ironía de Luis Corvalán, el nuestro era entonces el único país del mundo donde la oposición perseguía al gobierno. La libertad fue tan sin cortapisas que los que preparaban el golpe la convirtieron en libertinaje. ¿Y quién honestamente puede desconocer que Allende cayó defendiendo la legalidad, la Constitución, la democracia y la libertad de Chile?

**Quería, eso sí, una democracia para el cambio.** Y esto no lo aceptaron los señores del status y los políticos del inmovilismo. Todo el mundo sabe que para impedir su acceso a La Moneda incluso se asesinó al Comandante en Jefe del Ejército. Luego, a fin de derrocar al Presidente legítimo, se recurrió al violentismo más desenfrenado.

Hablando de modo muy directo, Allende pagó con su vida la nacionalización del cobre, del salitre y el hierro. Las grandes compañías afectadas montaron la conspiración desde el mismo día del triunfo en las urnas. Para aquel que sinceramente quede sorprendido por esta afirmación, le decimos que todo ello está acreditado con una montaña de pruebas, contenidas en tomos y tomos de documentos del Senado de los Esta-

dos Unidos, el cual realizó, bajo la presidencia del demócrata Frank Church, una acuciosa investigación que no deja lugar a dudas respecto a la paternidad norteamericana de la conjura. Las reuniones en Washington —algunas de las cuales contaron con la participación de Agustín Edwards— se originaron en la orden del Presidente Nixon de no pararse en medios para derrocar a Allende. El plan aprobado en la Casa Blanca dio la pauta a la contrarrevolución en todas las áreas... El objetivo era: "asegurarse que Allende no pase los cruciales próximos seis meses". Nuestro país fue inundado por dólares negros que servían para pagar todos los trastornos. Se montó al detalle la desestabilización, la especulación, el ocultamiento de alimentos; se organizó el caos mejor programado. Y luego se lo achacó al gobierno. El complot político, económico, publicitario, institucional delineado en USA se aplicó como si fuera una receta local, usando hombres nacidos en esta tierra.

La máquina propagandística del golpismo repetía un estribillo: "Estamos al borde del abismo". Siempre al borde... Hasta que alguien ordenó dar un paso al frente y el país cayó efectivamente al abismo.

### QUISO EL ACUERDO CON LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Se ha hablado muchísimo sobre un supuesto sectarismo de Allende. En verdad, alentó el propósito de un acuerdo con la Democracia Cristiana. Se esforzó largo tiempo por lograrlo. Apenas triunfante en las urnas, suscribió las denominadas "Garantías Democráticas". Trató contacto con la dirección democristiana, entonces encabezada por el senador Benjamín Prado, para delinear en conjunto las concordancias. Si se estudian los programas de las candidaturas presidenciales de Salvador Allende y Radomiro Tomic se advertirá que existía base para un consenso constructivo. Hubo adversarios de tal entendi- ➔



miento tanto en la Democracia Cristiana como en la Izquierda. El Partido Comunista lo estimaba altamente conveniente; más aún, indispensable. En la obra "El Hermano Bernardo", recogida por Otto Boye, y publicada en separata por la Revista "Análisis", se evocan a través de un actor y testigo abonado, el demócrata cristiano, ex-Presidente de la República, Bernardo Leighton, algunas de aquellas tentativas en tal sentido, emprendidas tanto por el Presidente Allende como por el General Carlos Prats, por destacados demócrata cristianos y hombres de la Unidad Popular, incluidos varios ministros comunistas. Hubo momentos en que el acuerdo pareció a punto de cuajar. Pero prevaleció, desgraciadamente para el país, un oposicionismo ciego, movido por cálculos equivocados, que hizo el juego a la maquinación extranjera y el salto sobre el vacío tenebroso.

Allende nunca fue un chovinista. Para ser precisos digamos que tenía la obsesión justa de la Patria. En Chile la nomenclatura de las coaliciones políticas en el siglo XX ha sido pródiga. El prefería, por su connotación, una que nunca existió en nuestro país: el Frente de la Patria. Soñaba con la unión de todos los que deseaban el cambio social, fueran marxistas, cristianos, librepensadores.

No aceptaba ninguna autocracia; tampoco, desde luego, la castrense. Pero no era un antimilitarista. Juzgaba necesario integrar las Fuerzas Armadas al proceso de desarrollo del país. Durante su gobierno les brindó un trato cuidadoso y atento. Fue celoso en la observancia de su institucionalidad. Suscribía la Doctrina Schneider, de un Ejército constitucionalista, respetuoso del poder civil. Admiró en Prats y en otros generales patriotas la concepción del militar al servicio de Chile. No consideraba las Fuerzas Armadas un compartimento estanco. Aparte de la misión de defender el país en caso de agresión extranjera, las concibió elemento activo para su emancipación económica, un valor eje de la soberanía. Jamás aceptó la falaz doctrina de una

mal llamada Seguridad Nacional, que no es fórmula chilena, sino engendrada en Alemania nazi, patentada por el Pentágono para imponerla en América Latina, con el presupuesto monstruoso de que el enemigo de Chile no es el que ataca sus fronteras, permita su saqueo o conduzca a la ruina al país, sino su pueblo.

Admiraba a los leales. No le gustaron nunca los traidores. No quiso ser un González Videla que, elegido Presidente, sobre todo por el apoyo de los comunistas, los ilegalizó en los años de la Guerra Fría, se coludió con el imperio, anunció la Tercera Conflagración Mundial a tres meses plazo; dictó la "Ley de Defensa de la Democracia"; abrió el campo de concentración de Pisagua y borró a 30 mil chilenos de los Registros Electorales. Allende profesaba el culto de la fidelidad cívica. Sustentaba la concepción de la responsabilidad histórica, que pasaba por el autorrespeto a su dignidad personal.

Socialista convencido, no ocultó su simpatía por los pueblos que se habían sacudido del capitalismo

a partir del triunfo de la Revolución de Octubre. Víctima directa de la conspiración imperialista, Allende luchó siempre por la Segunda Independencia de América Latina. Fue un amigo resuelto y franco, un defensor permanente de la Revolución Cubana. Ella, por razones históricas bien determinadas, siguió un camino que se ejemplifica en el Moncada y la Sierra Maestra. Allende estimó que en Chile el camino era distinto: pasaba, a su juicio, por las urnas. Las urnas le dieron en 1970 la victoria. Pero tres años más tarde la fuerza sin la razón se impuso a la razón sin la fuerza. Es una lección de la historia sobre la cual los chilenos han tenido una década para reflexionar. La Democracia, la Libertad deben saber y tener con qué defenderse. En caso contrario, ellas serán arrolladas una y otra vez por sus enemigos.

## VIGENCIA ACTUAL DE SU ULTIMO MENSAJE

No estoy seguro que todos los chilenos sepan que a través del



Allende tenía una personalidad asequible y orgullosa a la vez.





Allende alentó el acuerdo con la Democracia Cristiana.

mundo se han erigido a Allende centenares de monumentos. Innumerables calles y plazas, numerosas escuelas y hospitales llevan su nombre. A partir de su derrocamiento Allende se ha transformado en una leyenda contemporánea, en un héroe de nivel mundial. ¿Por qué? Porque es un símbolo. El símbolo de la democracia, de la libertad, de la Revolución que, con ellas y a través de ellas, accionada por la voluntad del pueblo, quiso llegar a la justicia social, suprimir la explotación del hombre, asegurar el pan, el trabajo, la habitación, el derecho a la salud, a la educación, a la participación de todos en la dirección del Estado y de la sociedad. Tal programa (lo visualizó como algo más que un noble sueño) es un propósito compartido por los espíritus democráticos de cien países marxistas y no marxistas. Explica la fuerza de ese movimiento solidario mundial, casi sin paralelo, que durante diez años ininterrumpidos ha llenado primero de estupor y desconcierto y luego

de rabia e impotencia a los que menospreciaron la capacidad de indignación de los pueblos ante la destrucción a sangre y fuego de valores universales irrenunciables.

Los del exilio hemos podido palpar la solidaridad internacional. Ella quiere ser sobre todo apoyo a los que adentro padecen persecución y luchan. En el destierro siguen todavía incontables familias chilenas hechas pedazos, miles de ellas separadas y divididas. En el ostracismo están aún la infatigable viuda de Salvador Allende, dos de sus hijas. Otra, así como su hermana Laura, ya no están en el exilio, no porque pudieran regresar sino porque se fueron de esta vida afectadas por el duro extrañamiento.

El allá, o sea, el Chile de adentro, es la preocupación cotidiana de los chilenos que están afuera. Hasta ahora han sido autorizados para volver menos del 1% de ellos.

¿Cuál es el sentir del exilio? Vivir, sobrevivir para trabajar por la libertad de Chile. Aunque hay de-

masiados motivos para inquietarse, en su conjunto éste no se deja ganar por el desaliento. Combatir por la libertad de Chile es una tarea diaria de los compatriotas desterrados.

El Partido Comunista, que apoyó a Allende en sus cuatro postulaciones presidenciales, aceptó su proposición de formar parte del gobierno. Lo hizo en términos modestos, dos o tres carteras, que nunca fueron las del Interior, Relaciones Exteriores ni la de Defensa, lo cual demuestra, de paso, que el **slogan** presentando el suyo como un gobierno comunista constituye una mentira. Participaban en el ministerio todos los partidos de la Unidad Popular. En varios gabinetes hubo representantes de las Fuerzas Armadas, hecho probatorio que Allende nunca fue para ellos la madrastra que les reservara un trato de Cenicienta. Por supuesto, no se servía al gobierno sólo en el gabinete. Era el pueblo entero quien debía incorporarse a la tarea. Millones de chilenos lo hicieron con abnegación, respal-



dando un régimen que sentían entrañablemente suyo.

Allende tenía una personalidad asequible y orgullosa a la vez. Nunca fue un títere de nadie. Queremos dejar constancia que la relación entre el Presidente y el Partido Comunista fue cordial y de mutuo respeto. Se basaba en la observancia del Programa. Naturalmente hubo muchas discusiones para encontrar la solución más adecuada a los críticos problemas de la época. Coincidimos en todo lo fundamental. Como partido en el gobierno abogamos siempre por la amplitud, el realismo económico y la consecuencia política. Rechazamos los extremismos, el intento de impulsar líneas contradictorias, el afán de ruptura y precipitación, quemando etapas que empujarían las capas medias al campo de la contrarrevolución.

Se ha dicho que el gobierno de Allende fue condenado a desaparecer no tanto debido a sus errores —que existieron, sin duda— sino a causa de la magnitud y profundidad de sus realizaciones históricas, sobre todo el reintegro al patrimonio nacional de las riquezas fundamentales de Chile, la culminación de la Reforma Agraria iniciada en el período de Frei, la adopción de una política internacional independiente, que no agradó al Departamento de Estado. Toda medida en favor del pueblo se convirtió en un cargo acumulado para la condena sin atenuantes y fue motivo de enconadas calumnias. Hasta el inocente, humano y frugal medio litro de leche para los niños o la bajísima tasa de cesantía se transformaron en objetos de befa y guerra psicológica. “Juntar odio” fue la consigna impartida públicamente, en primera plana, por la conspiración exterior—interior desde sus diarios. Se trataba de traumatizar al país, de obnubilarle la conciencia. Es otra lección que debe ser asimilada. La responsabilidad de una televisión, de una prensa escrita y radial, algunas de cuyas empresas, como “EL MERCURIO”, recibieron coimas de millones de dólares (dato establecido con cifras por el Senado de Estados Unidos) para contribuir a

derribar ese gobierno de los desposeídos.

A la luz de todo lo ocurrido, adquiere, a nuestro juicio, cierto cariz profético de la última alocución de Allende. “Pagaré con mi vida —dijo— la defensa de principios que son caros a esta patria...”. Pero, en justicia, no debe considerarse un postrer mensaje como documento de derrota sino de esperanza y de lúcida visión del futuro. ¿Acaso los hechos no le están dando la razón? Allende, en ese momento de la suprema despedida, se dirigió especialmente a los trabajadores. “Quiero agradecerles —subrayó— la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo”. Salta a la vista que cuando el tiempo madura los trabajadores asumen un primer plano. En el país las cosas comienzan a cambiar en serio, sobre un trasfondo de crisis total del sistema imperante. Ahora los trabajadores, pobladores, estudiantes —y a ellos se va sumando casi entera la sociedad civil— toman el toro por las astas. Convocan a decir ¡basta! a todos y a cada uno, como lo hizo el pueblo, según cuenta Lope de Vega, en Fuenteovejuna.

Ese multitudinario reclamo de los chilenos no es simplemente espontáneo. Surge de la necesidad más imperiosa. Responde a una conciencia, a una historia, a una acendrada costumbre de libertad y democracia, desarrollada a lo largo de más de un siglo, que nunca desapareció del alma del pueblo ni murió con la muerte de Allende. Ese sentir profundo, esa manera de ver la vida no sucumbió aunque durante años permaneciera en silencio y sólo la Iglesia parecía ser “la voz de los que no tienen voz”.

Hoy ese pueblo rebelde a la injusticia ensaya métodos de acción que no van más lejos que las enseñanzas de teólogos famosos, la Constitución de los Estados Unidos o la Carta Universal de los Derechos Humanos. Ansioso de ser libre y ciudadano, busca los

medios y caminos adecuados para lograrlo. Está conteste en la indispensable unidad de todos los interesados en que Chile de lejanas naciones respetado. A su juicio, no puede haber oposición de primera, segunda o tercera clase. Su idea es no excluir a nadie que anhele el fin de la anomalía. Una vez alcanzada la libertad, los chilenos podrán decidir democráticamente por sí mismos qué gobierno, qué sociedad quieren.

En sus palabras de adiós Allende puntualizó que los procesos sociales no se detienen. En su ausencia ojalá interpretemos bien su pensamiento. Si Allende viviese seguramente no se empeñaría en repetir al Allende que cayó hace diez años. Ninguna existencia, ningún hombre, ninguna experiencia de la sociedad pueden reproducirse una segunda vez, como si se tratara de proyectar de nuevo un film ya exhibido. Nadie entre nosotros piensa reeditar el período de la Unidad Popular, sino continuar la historia en una fase diferente. Pero hay que tener en cuenta el acontecer vivido y sufrido, porque aquel que pretenda ignorar el pasado, prescindirá de sus útiles enseñanzas. Los pueblo no son como Peter Pan, el niño que no quería crecer. Los hombres y los pueblos están destinados a crecer. Hay que avanzar con las realidades actuales para poner al país a tono con un siglo XXI que ya está a la vuelta de la esquina.

Ninguna hada madrina conseguirá que Chile sea como una nación que un día se durmió, tuvo una larga y sangrienta pesadilla y despertó del maleficio para volver al momento anterior de sumergirse en el sueño. Nadie podrá retornar al país a un lejano 10 de septiembre de 1973. Nadie podrá resucitar los muertos.

Un pueblo que no quiere venganza pero anhela justicia mira hacia adelante, para abrir, entre todos los que estén dispuestos a ello, “las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”, como lo propuso de viva voz Salvador Allende segundos antes de caer inmolado. ■



# LOS CRISTIANOS Y EL GOBIERNO POPULAR DE SALVADOR ALLENDE

*No hay mayor amor que el que da la vida por sus amigos  
 (Juan XV, 13)*

ROBERTO CELEDON

Hay hechos en la historia de los seres humanos que son redimensionantes, que dan cuenta, más allá de las apariencias, del sentido y convicciones profundas que la inspiran. Sin temor a generalizaciones excesivas podemos confesar que la persona de Allende no impresionaba mayormente a los cristianos. Pertenecía a una vertiente cultural, a una inspiración de vida, respetable, diferente a la de los cristianos. Como político, siendo la figura más relevante de la izquierda chilena, no era un ideólogo con quien confrontarse, ni hombre de posiciones radicalizadas que plásticamente, gráficamente, transmitiera la razón de su lucha, de sus ideales. No, Allende era un senador de la República, un demócrata convencido, sí de un irrenunciable compromiso popular. Era el primero entre los suyos, pero había muchos como él. Por error común, de los prudentes se esperan conductas relativamente previsibles, que no contemplan los extremos, el grado heroico, epopéyico. Allende previó el final violento e ilegítimo de su gobierno popular y constitucional. Sin alardes emocionales, anunció hidalgamente que no tenía pasta de mártir pero que sólo lo sacarían muerto del palacio de La Moneda. Su muerte no fue un accidente ni una desgracia imprevista. Fue una opción consciente frente a una circunstancia previsible. En estricto senso, consagró su vida: "colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente".

La asombrosa palabra de Cristo de que "sólo muriendo se gana la vida" recobra hoy, a 10 años de la muerte de Allende, su fuerza misteriosa. Su muerte, consagrada a su pueblo, a los trabajadores, al "hombre libre, para construir una sociedad mejor", nos re-descubre y nos re-dimensiona toda su vida. La herencia de Allende nos pertenece a todos. Si ayer nos pareció distante, incluso lejano, su muerte ejemplar le da vida y permanencia a sus convicciones políticas profundas.

Las posiciones recíprocas que tengan entre sí cristianos y marxistas definen o condicionan de

forma determinante el curso de la historia en Chile y América Latina. El antagonismo, la colaboración autónoma o la convergencia, son conductas posibles que tienen consecuencias inevitables en las alternativas políticas que se diseñan para una refundación democrática en nuestro país. Cada una de estas conductas tienen entronques ideológicos reconocibles y actores concretos en la sociedad chilena. Tenemos la convicción de que dichas conductas no son realidades cerradas, rígidas e inflexibles. El tiempo autoritario que se abre a la caída del régimen democrático y constitucional del Presidente

Allende, en 1973, con su secuela de brutal represión, de maniqueísmo e intolerancia política e ideológica extrema, modifica necesariamente los términos de la relación de los actores políticos y sociales centrales en este artículo —cristianos y marxistas— como, asimismo, la autopercepción que cada cual tenía de sí mismo.

Analizar el período '70-'73 desde una perspectiva precisa, la reacción de los cristianos frente al gobierno popular, no busca definir responsabilidades políticas que bendigan o condenen actores o sujetos políticos definidos, ni pretende reproducir una crónica histórica. Se inspira en un esfuerzo de ver críticamente, más allá de las apariencias, este trozo de historia nuestra, en la perspectiva de los desafíos que enfrentamos en el futuro.

## ACTORES DE UN PROCESO

Nuestro primer esfuerzo será contextualizar, definir un marco en el seno del cual se produce esta relación que, en una primera aproximación general, la denominamos de los cristianos con el Gobierno Popular, de clara hegemonía de partidos y personas de definición marxista.

Luego, definiremos los actores concretos en que se expresa esta relación en un período histórico determinado. En uno de los sujetos de esta relación, los cristianos, nos interesa analizar principalmente tres: la Iglesia, la Democra- ➤



cia Cristiana, los cristianos de opción socialista.

Son actores de diversa naturaleza; la Iglesia no puede ser comparada a ninguna organización política, ni aún de inspiración cristiana, pero sin duda que su palabra y conducta no sólo son lo más representativo y genuino de lo que se identifica como 'mundo cristiano', sino que tienen un innegable efecto político. La Democracia Cristiana, si bien es un continente preciso, no es reducible a una unidad de posiciones y conductas en este período. Entre los cristianos de opción socialista encontramos una gran diversidad. Por una parte, los cristianos por el socialismo (CPS), que es un movimiento compuesto por sacerdotes y religiosos y, por lo mismo, parte de la Iglesia, si bien con un compromiso político concreto que no es identificable con la 'misión de Iglesia'. Por otra parte el (o los) MAPU que, si bien surgen de una división de la Democracia Cristiana, en cuanto organización política abandonan esta matriz ideológica-política. Por último, la Izquierda Cristiana, que surge en 1971 de una división de la DC y a la cual adhieren también los más representativos políticos de inspiración cristiana que militaban en el MAPU. El origen del concepto 'izquierda cristiana' lo encontramos en una declaración de la Junta Nacional de la JDC de 31 de Enero de 1970, en la cual se reitera la convicción de que el destino histórico del PDC está ligado a la reafirmación del pensamiento cristiano y socialista y en el "construir una alternativa para Chile, de izquierda cristiana, que permita avanzar hacia la construcción de la sociedad de trabajadores, socialista y comunitaria, con la participación activa del proletariado, de los campesinos, de los pobladores, de los jóvenes, mujeres y fuerzas políticas de avanzada". Respecto del Gobierno Popular, quisiéramos centrarnos en la persona de Salvador Allende, más que en las posiciones de los partidos de la Unidad Popular.

El ascenso al poder de Salvador Allende y la coalición política que lo sustentaba, la Unidad Popular, enfrenta de súbito a la sociedad

chilena, en su conjunto, con un radical proceso de toma de posiciones. Frente al advenimiento de la utopía, lo neutral y la indiferencia se hacen imposibles. Si hay algo que caracteriza un tiempo revolucionario es que, exactamente, cada uno está enfrentado a dar respuestas vitales que marcan la vida e imprimen carácter y las que, generalmente, se reducen a un sí o un no. Estos períodos provocan el espejismo, la ilusión de que el hombre deja de ser hombre, todo será mejor, la vida merece vivirse, que la materia deja de ser materia —todo lo podemos— y en un sentido exactamente inverso, la sensación de muerte por trastrocamiento del orden conocido y valores predominantes. Un modo de vida que desaparece y con él, sus principales usufructuarios.

Los cristianos se vieron también traspasados por este fenómeno, todos y cada uno estaban compelidos a tomar posición. Las preguntas claves no eran de simple formulación. En la historia de la relación entre cristianos y marxistas asistimos a un período histórico muy distinto. No era por cierto la fase del 'anatema', ni siquiera predominantemente la del 'diálogo', ya que el vocablo convergencia hacia su estreno desafiante. Convergencia, ¿en qué? y ¿hasta dónde?. El mismo significado del término no era preciso, fundirse en uno o unidad en la pluralidad.

Es verdad que había una pequeña minoría que se refugiaba en la fase del 'anatema' y su rasgo más esencial, en lo político y como católico era su adscripción al Syllabus, que condena todas las expresiones del modernismo y secularización de la sociedad. El núcleo inspirador del Gremialismo en la Universidad Católica procede de esta vertiente, siendo una versión actualizada de esta posición religioso-política; para ellos no había mucha diferencia entre la democracia y el socialismo (o marxismo) ya que ambos tendrían un mismo denominador común: error de la modernidad.

Esta expresión ultraconservadora, que se expresaba sin amba-

ges en el movimiento Tradición, Familia, Propiedad (Fiducia), tiene sin embargo significación ideológica y política absolutamente irrelevante.

La mentalidad conservadora no fijó los términos del debate al interior de los cristianos. En este período ningún cristiano era convocado a tomar posición en alternativas tales como defensa de la fe frente al materialismo intrínsecamente perverso; defensa del orden social existente frente a una revolución que pervierte los valores y las bases naturales del orden en una sociedad.

Por el contrario, se distinguía claramente entre el marxismo como ideología y el movimiento histórico-político que impulsaba el socialismo. Frente al marxismo no se tomaba una posición reductiva, totalizante, que negara todo, sino que predominaba una actitud de apertura, de lectura desprejuiciada, capaz de reconocer sus aportes a la teoría y la práctica social de transformación de la sociedad.

Era común entre los cristianos su rechazo al capitalismo, por sus valores individualistas y, sobre todo, por la injusta estructura socio-política que creaba. Esta misma actitud los hacía permeables a comprender la crítica radical del marxismo al capitalismo y a aceptar el socialismo como superación histórica de un modelo capitalista.

Asimismo, éste era un período en que los cristianos eran interpelados a transformarse en un factor efectivo de cambio, de revolucionar las estructuras de injusticia y violencia institucional que afectaban agudamente a los pobres y trabajadores. La temática de la revolución no les era extraña, ni tampoco era percibida como última opción, sino como opción posible, incluso deseable.

Para los cristianos, el tomar posición y hacer un camino se situaba a un nivel más complejo, de más contenido: qué nueva sociedad construimos, sobre qué parámetros o, en otras palabras, qué socialismo y qué ideología lo inspiraba.

Estas cuestiones no surgían de una evolución interna, en el vacío →





"Para nosotros, la revolución no es destruir, sino edificar".

de discusiones teóricas o doctrinarias. Por el contrario, se nutrían de una experiencia histórica y política muy concreta: la experiencia de gobierno de la DC. Más allá de los juicios que pueda merecer la gestión gubernativa de Eduardo Frei, el concepto de 'revolución en libertad' no fue un acierto propagandístico, sino trasuntaba una síntesis deseable. Por una parte, incluía una definición de lo que se era o aspiraba a ser y, por otra, cumplía un efecto contrastante con las fuerzas de izquierda que también propugnaban un proceso de cambio.

Más allá de la incapacidad de la Democracia Cristiana para conducir el proceso de cambio en Chile, el hecho histórico concreto es que se abrió en este período en que se abrió la perspectiva de transformación global de la sociedad. Exterminando los juicios, no fue la izquierda la que legitimó frente a la sociedad chilena la necesidad del cambio de estructuras, sino la Democracia Cristiana, que era la expresión política dominante de los cristianos en ese tiempo.

Desde un punto de vista histórico, Allende es continuidad, se inscribe en la misma línea u orientación del proceso social. Desde un punto de vista político, de fuerza política conductora, Allende constituye una ruptura, una discontinuidad. Esta contradicción traspasa, atraviesa, a los cristianos en su toma de posición frente al Gobierno Popular.

A riesgo de simplificar, describiríamos así el estado de espíritu que provocaba la situación: si cristianos dirigen el proceso de cambios revolucionarios, a los cristianos les plantean menos problemas el tema y las exigencias de la revolución pero, si son marxistas los que lo conducen, se despiertan viejas interrogantes y surgen otras nuevas.

Aquí yace la raíz para comprender las diversas y encontradas posiciones que asumen los cristianos frente al gobierno popular de Salvador Allende. Estas posiciones las podríamos tipificar en 3: antagonismo; colaboración autónoma, crítica y convergencia.

Lo que podría confundir al lec-

tor o analista es que esta toma de posición no va a acompañada de alineamientos orgánicos en que, unívocamente, se expresen esas posiciones. Sólo las posiciones que buscan la convergencia se expresan en organizaciones nuevas, pero aún en el seno de esta misma actitud política encontramos diversidad de organizaciones, porque las respuestas a la cuestión de la convergencia no son las mismas.

Para comprender esta diversidad de posiciones y expresiones orgánicas tenemos, necesariamente, que referirnos a la realidad concreta de cada actor social y político en que se expresan los cristianos. En un primer momento, nos referiremos a los dos principales en este período: la Iglesia y la Democracia Cristiana. Posteriormente examinaremos los cristianos de opción socialista.

La década del 60 se caracteriza por una realidad conmocionada por profundos cambios en el seno de los cristianos. Lo primero que constatamos es que no hay una relación simétrica entre lo que sucede en el seno de la Iglesia y lo que acontece en el seno de la DC, único partido existente a la fecha de declarada inspiración cristiana (1). Los puntos de comunicación entre una y otra son mediados por instancias para-eclesiales, como centros de investigación, docencia y formación. La influencia de la Iglesia en la DC se producía más bien a nivel de profesionales, estudiantes universitarios y, en menor proporción, a nivel de obreros y trabajadores del campo. Pero la DC tenía, desde sus orígenes (la Falange Nacional), una marcada tradición de no-confesionalismo, no era ni se sentía representante oficioso de la Iglesia en el campo de lo político. Por el contrario, era plenamente autónoma en su actuar político y programático. Sin embargo era heredera de la doctrina social de la Iglesia, de ahí arrancaba su matriz doctrinal en la conocida trilogía, concepción del hombre, de la sociedad y del Estado.

En la década del 60 ambos actores viven dinámicas y tensiones diferentes, que en parte expli-



can el curso de los acontecimientos posteriores en el seno de los cristianos, con respuestas y posiciones tan disímiles.

El Concilio Vaticano II literalmente revolucionó integralmente a la Iglesia: su estructura, la visión que ella tiene de sí misma y, sobre todo, su relación con el mundo. Se abandona la posición conservadora, caracterizada por una conducta magisterial, segura la sí misma y ajena al mundo, preocupada sólo de la salvación de las almas. Se transita hacia una Iglesia peregrina, histórica, en comunión con la realidad vital que aqueja a los hombres y con una estructura interna democratizada y participativa de los laicos. Si antes del Concilio la Iglesia era romana, después del mismo la Iglesia se hace católica, universal, porque es capaz de reconocer como iglesia al pueblo creyente, a cada pueblo y región. Sólo así surge una teología latinoamericana y una práctica de iglesia no sujeta al eurocentrismo.

El nuevo impulso histórico que vive la Iglesia no tiene una correspondencia directa en la Democracia Cristiana. La Iglesia está sacudida por las exigencias del aggiornamento, de la renovación espiritual y pastoral. En contraposición, la DC, quizás compelida por las ineludibles exigencias de la administración del poder político, no participa de la misma manera de este proceso de renovación. Su tendencia predominante será sacralizar el programa de gobierno y su referente doctrinal básico seguirán siendo la doctrina social de la Iglesia —que ella misma dejara de reivindicar con fuerza, como referente obligado— y los pensadores cristianos que la influyeron, como Maritain, Mounier, Lebreton. Los esfuerzos de sus sectores progresistas de renovación y profundización política, si bien son aceptados formalmente en su gran mayoría, son percibidos como incompatibles con la acción de gobierno. Se trata de una realidad dual, esquizofrénica, que preanunciaba una crisis interna inevitable.

Por su parte, el proceso de renovación de la Iglesia no estaba

exento de contradicciones y tensiones externas, pero se desarrollaba dentro del espíritu del Concilio. En síntesis, la Iglesia se abría al mundo, buscaba la unidad con "los que aman y practican la justicia", admitía la pluralidad de opciones políticas de los cristianos y proclamaba en fidelidad al Evangelio, su servicio al hombre y al mundo, especialmente los más pobres. La DC, por el contrario, se ensimismaba, se aislaba de otras fuerzas sociales y políticas que buscaban el cambio y la justicia y se autopercibía como única fuerza de cambio verdaderamente liberadora.

De este doble fenómeno —proceso de renovación profunda de la Iglesia— y rigidismo, acompañado de grado de conservadorización creciente de la DC, surge una realidad nueva en el seno de los cristianos: los cristianos de opción socialista, que buscan la convergencia con las fuerzas sociales y políticas populares. El antecedente preliminar de la diversidad entre ellos se encuentra en su procedencia, en su fuente de origen, cuestión que redundó posteriormente en una lógica diversa de aproximación política a la problemática de fondo: la convergencia de cristianos y marxistas.

Precede a la formación del movimiento Cristianos por el Socialismo el grupo llamado "Iglesia Joven", en 1968, que postula una Iglesia pobre, al servicio de la liberación y contestaría al sistema de violencia institucional. En abril de 1971 se produce la "Declaración de los 80", firmada por sacerdotes que participaron en la "Jornada de participación de los Cristianos en la Construcción del Socialismo en Chile". Pablo Richard describe los orígenes del movimiento "Cristianos por el Socialismo" como un largo proceso en el que se encuentran, principalmente, tres etapas: la primera, "motivada por la lectura social del Evangelio y sobre todo por el conocimiento a diario de la miseria en las poblaciones y de la explotación en el trabajo"; la segunda se caracteriza "por el descubrimiento de que el mundo de los pobres no es un mundo amor-

fo y sin rostro sino que, por el contrario, es un mundo organizado". "De la actitud pasiva de compartir la vida y trabajo de los pobres se pasa a la actitud activa de compartir las luchas de los pobres": la tercera "comienza cuando se descubre la lucha de clases como eje fundamental de la realidad y de la historia". "La lucha de los pobres adquiere el rostro más definido de lucha política de la clase trabajadora contra el sistema capitalista y por el socialismo".

De las fuentes propiamente partidarias y obedeciendo a una lógica más genuinamente política surgen el MAPU en 1969 y la Izquierda Cristiana en 1971. En su origen, el MAPU se nuclea en torno a la búsqueda revolucionaria, reticente a la izquierda tradicional y convencido de que la DC no es fuerza real de cambios estructurales. Rápidamente adhiere a un marxismo "althuseriano", algo esolástico, y abandona su matriz cristiana. La Izquierda Cristiana (IC) es, antes que nada, una opción ética, provocada por el creciente proceso de alianza de la DC con la derecha política, contra el gobierno popular y, luego, una opción político-ideológica, que vincula la superación del capitalismo con la alternativa socialista, postulando una sociedad de trabajadores, democrática y pluralista, en la cual los cristianos participan con plena identidad y aporte propio, en unidad con las fuerzas de inspiración marxista.

A fin de completar este breve esfuerzo de contextualización histórica, nos referiremos en términos sucintos al otro actor objeto de este análisis, los marxistas y sus expresiones políticas.

Debemos anticipar que los cristianos, en general, tienen un conocimiento superficial del campo de la izquierda de matriz marxista.

Una primera aproximación es más bien valórica y ella es extraordinariamente positiva: la izquierda está con los pobres y lucha por la justicia social. La segunda es más bien ideológica. En este campo encontramos una mayor diferenciación, atendiendo al grado de





"La Iglesia no va a ser obstáculo para la reforma, las aceptamos, las queremos".

apertura hacia el marxismo, pero con ciertos elementos comunes: el rechazo a una lectura totalizante, como ciencia de la historia y del conocimiento y sus consecuentes derivados políticos: dictadura del proletariado, partido único, etc. Una tercera aproximación sólo la pueden atestiguar los cristianos que viven la izquierda desde dentro: unas palabras serían insuficientes, por lo mismo serían materia para un artículo diferente.

En las proximidades del ascenso al poder de Salvador Allende en la izquierda chilena predominaba una doble percepción, en definitiva encontradas, contradictorias. Una de ellas descarta en esta fase histórica la construcción socialista y considera viable un gobierno de carácter popular que profundice las tareas democráticas y antiimperialistas. La otra se propone la construcción socialista, pero lleva en su seno una racionalidad dual, una que privilegia los medios democráticos y otra que ha perdido su confianza en el sistema democrático, en un doble sentido, como modo de ascenso al poder y, segundo, como institucionalidad compatible de encauzar un proceso revolucionario. Para estos últimos, la democracia es una forma de dominación burguesa e, ineludiblemente, el movimiento revolucionario debía

destruir el estado burgués. Esta vertiente de la izquierda era especialmente sensible al impacto continental de la revolución cubana, en sus múltiples dimensiones: actualización del objetivo de revolución socialista, definición de un modelo de acceso al poder y modelo de construcción socialista y de dirección política. Sólo una minoría asumía en bloque las dimensiones de la revolución cubana pero ésta influía de manera diversa en los otros.

Salvador Allende expresaba una síntesis original de ambas posiciones dominantes en el seno de la izquierda. Primero, ubica su gobierno dentro de una perspectiva histórica de transición al socialismo, la que denomina 'vía chilena al socialismo':

"Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada,... modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario (Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de Mayo de 1971) "Cumplir esta aspiración supone un largo camino y enormes esfuerzos de todos los chilenos. Supone, como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. Pisamos un camino nuevo, marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno" "...las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer. De ahí también nuestro respeto por la libertad de conciencia y de todos los credos. Por eso destacamos con satisfacción las palabras del

Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en su mensaje a los trabajadores: "La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada en su cuna, que estuvo y está entre los humildes". "Pero no seríamos revolucionarios si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. No basta proclamarlas verbalmente porque son entonces frustración o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables, en la medida en que conquistemos la libertad económica".

"En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa, artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales antagónicos y excluyentes y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector". "Ante esta diversidad, nuestro Gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: de obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales, y empleados. Bloque social cada vez más amplio como consecuencia del desarrollo capitalista, cada vez más unido en su condición común de asalariados. Por el mismo motivo, nuestro Gobierno ampara a los pequeños y medianos empresarios. A todos los sectores que, con intensidad variable, son explotados por la minoría propietaria de los centros de poder".

Valga esta larga cita para poner de relieve en toda su dimensión el pensamiento político del Presidente Allende. Nos atenderemos a él en este artículo, más allá de las posiciones contrapuestas que encontramos entre los partidos que lo sustentaban, convencidos de que el pensamiento de Allende sintetizaba la voluntad mayoritaria de la izquierda y de todo el pueblo chileno.

### LOS CRISTIANOS Y EL GOBIERNO DE ALLENDE

Hemos dicho que los cristianos



no son reducibles a un solo actor orgánico, sea éste social o político. Entre los actores los hay de diversa naturaleza: uno propiamente religioso, la Iglesia, y otro netamente político, la Democracia Cristiana y las organizaciones de cristianos socialistas.

Asimismo, hemos afirmado que desde un punto de vista histórico, Allende significó una continuidad con un proceso social y político de cambio de estructuras, protagonizado por la DC y que, desde un punto de vista político, de fuerza política conductora del proceso, Allende significó una ruptura, una discontinuidad. Esta contradicción estará presente en la toma de posición de los cristianos frente al Gobierno Popular, pero en cada actor de manera específica, pertinente a su naturaleza y conciencia política dominante.

#### a) La Iglesia

La Iglesia Católica enfrenta una situación inédita; es la primera a partir del Concilio Vaticano II que se ve confrontada a un hecho político igualmente inédito: proceso de transición al socialismo por vía democrática, conducido por una coalición de gobierno hegemónicamente de inspiración marxista.

En lo substantivo, la Iglesia se ve sometida a un doble test: uno, la cuestión de la relación entre la Iglesia y el poder político ejercido por fuerzas marxistas; el otro, su actitud concreta frente al proceso de cambios revolucionarios, tanto en lo que respecta a la naturaleza y contenido de los mismos — perspectiva socialista — como a las tensiones sociales inherentes al proceso que convulsionaría la sociedad chilena.

Una breve precisión: al hablar de Iglesia lo hacemos en un sentido restringido y clásico: la iglesia institucional, jerárquica y tendremos como especial referente a la Conferencia Episcopal y como la figura más relevante y representativa (y grandiosa) al Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Remitámonos a los test que sugeríamos.

En junio de 1973 el Cardenal fue invitado a Toledo para dialogar sobre la Pastoral de la Libera-

ción; allí, en un tono coloquial, expresó su pensamiento y experiencia. A tres meses del golpe de Estado y muerte de Allende, el Cardenal relató: "Llegó Allende a la Presidencia. Y el primer día en que se reunió el Congreso Pleno, en que el Presidente -saliente entrega los distintivos del mando al nuevo Presidente y éste jura cumplir con la Constitución y las leyes, el Presidente Allende, marxista, ateo, pidió que hubiera un "Te Deum" en la Catedral de Santiago, para agradecer al Señor, a nombre de todos los cristianos que son la mayoría del país y que votaron por él, su elección. Y el Cardenal fue: y tuvimos un "Te Deum" magnífico, en el cual yo le dije varias verdades... Ya esto es una cosa extraña, una cosa atípica; nosotros estamos en diálogo con un gobierno que es marxista, que es ateo, pero que hasta el momento no ha sido contrario a la Iglesia. Y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al gobierno. ¿Qué ha dicho la Iglesia a más de esta actitud? Lo siguiente: nosotros vamos a apoyar al gobierno en toda acción de bien común. El gobierno va a encontrar nuestra colaboración leal; no vamos a ser obstáculo para reformas; nosotros las hemos preconizado antes que nadie, las aceptamos, las queremos. Ojalá que el Gobierno tenga éxito en estas reformas y que dé al pueblo chileno, sobre todo a los pobres de Chile, al proletariado de Chile, la liberación que tanto añora!".

"No hemos sido obstáculo para nada; pero sí no reservamos el derecho de decir nuestro parecer cada vez que por las contingencias de la vida política puedan presentarse situaciones que merezcan y deban ser iluminadas por la fe, o cada vez que haya que corregir algunas de las situaciones que nos parecen poco claras, ambiguas o incluso contrarias a los grandes valores cristianos. Y así hemos podido vivir en una colaboración muy leal y, yo diría, bastante fácil, con las altas autoridades del gobierno". ("El Cardenal nos ha dicho", 1961-1982, pág. 172-173).

Inútil y excesivo sería agregar

palabras a las citas del Cardenal. El padre Miguel Ortega las resume en los subtítulos como "aceptación leal del nuevo Gobierno" y "colaboración sincera".

Esta relación fluida y positiva ni siquiera se vio enturbiada con el surgimiento del movimiento Cristiano por el Socialismo, compuesto por sacerdotes y religiosas que apoyaban al Gobierno Popular. Ajena a la Iglesia es la interpretación interesada y mal intencionada de la derecha política, en el sentido de ver "infiltración marxista" o intención de división de la Iglesia en esta toma de posición de 'los 80'. Revela también el profundo tacto y respeto de Allende para con la Iglesia.

Esto último lo confirma también la actitud de Allende frente al único problema en que la Iglesia tuvo disparidad de criterio con su Gobierno, a propósito del proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU). El Cardenal relata: "Fui al Presidente y le dije: 'Presidente, yo siento, lamento mucho decirlo, que este Programa, como está elaborado, hiere derechos de la persona humana que nosotros defendemos y grandes valores cristianos'. 'Sí es así, señor Cardenal — me dijo — yo retiro este programa y quiero que se haga un programa nuevo. Yo considero esto desafortunado y lo que quiero es que se haga un programa nuevo'" (id., pág. 174).

Frente al proceso de cambio que convulsionó la sociedad chilena entera, resumiríamos la palabra y acción de la Iglesia en tres cuestiones principales:

La primera, compromiso con la liberación: fidelidad en extremo con la doctrina del Concilio: "que la consideramos iluminadora de esta situación; la Iglesia es la servidora de la sociedad civil, del mundo, no pretende beneficios, quisiera sobre todas las cosas tener el orgullo de servir y de servir en cualquier contingencia". "...lo único que quisiera es que realmente el gobierno que se inicia tuviera éxito en realizar la liberación del pueblo. El único ideal que quisiera la Iglesia es éste. Y aunque ella tuviera que sufrir, si éste es el pago de una verdadera liberación de



nuestro pueblo lo daría por bien empleado" (id. pág. 175).

La segunda, fidelidad a la fe, es la demanda de la Iglesia a los cristianos que optan por el socialismo: "si bien es cierto que en la acción por liberar a nuestro pueblo puede haber muchos puntos de contacto con los marxistas, creo indispensable que los cristianos no renuncien a su cristianismo y aporten los valores espirituales que éste tiene a esta lucha de liberación, para conseguir que el resultado sea realmente el que se espera" (Carta del Cardenal al Encuentro de Cristianos por el Socialismo rechazando a invitación a participar en él). En la misma carta prevé los riesgos de reduccionismo del

tífica como método sociológico, ni su posible separación de la teoría marxista global; segundo, que la valoración marxista de la clase proletaria como portadora exclusiva del futuro de la humanidad, no coincide en modo alguno con la bienaventuranza evangélica de los pobres".

b) reducción del cristianismo a la lucha de la clase revolucionaria y a la situación histórica concreta: el riesgo de transformar la opción revolucionaria como referente y fuente de criterio predominante conlleva la pérdida de supremacía en la opción por Cristo: "que ha optado por todo lo humano y por el Evangelio como criterio supremo en las tareas de liberación".

nes se dedican a la política de partidos no son cristianos en cuanto hacen política, sino son cristianos en cuanto hacen la política con el espíritu del Evangelio".

La tercera, la Iglesia como fuerza de paz y de diálogo: frente a la aguda radicalización política que crecientemente dividía a la sociedad chilena y al inminente riesgo de violenta ruptura de la institucionalidad democrática, la Iglesia a través de la Conferencia Episcopal y el propio Cardenal, fueron inflexibles promotores de la paz entre los chilenos, del diálogo entre oposición y gobierno. Condenaron la violencia, "le hemos quitado ese antifaz que la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único o el mejor camino"... "ni siquiera es un camino, la violencia liquida las libertades suscita odios y rencor de venganza, impide la participación del pueblo o la desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis" (Mensaje del Cardenal, 2 de septiembre de 1972, llamando a la reflexión y a la madurez). En su búsqueda del diálogo, exigió el respeto a la autoridad legítima, el respeto a la verdad, a la persona humana y el respeto a Chile.

Pocas personas pudieron imaginar, siquiera pálidamente, lo que acontecería en Chile después de ese día fatídico, el 11 de septiembre de 1973. Uno fue el Cardenal y el otro el Presidente de Chile, Salvador Allende. Auténticamente buscaron la paz y el resguardo de nuestra tradición democrática. Cada cual sirvió a su pueblo de manera generosa en los momentos más difíciles y dramáticos de nuestra historia patria. El Presidente Allende pagó con su vida la lealtad al pueblo, el Cardenal, en su infatigable defensa de los derechos humanos se ganó el odio y el rencor de los poderosos y violentos que asolaron la patria, pretendiendo 'reconstruir' bajo la paz de los cementerios.

### b) La Democracia Cristiana (2)

El triunfo electoral de Allende situó a la DC ante el dilema de Hamlet: ser o no ser. Develó su naturaleza contradictoria porque



La Iglesia busca la unidad de los "que aman y practican la justicia".

cristianismo al adherir y comprometerse con el proceso revolucionario. Las prevenciones de la Iglesia tienen un valor permanente:

a) impropiedad de asimilación mecánica entre 'revolución— liberación' con ideología marxista. El Cardenal denuncia "una mentalidad en vías de marxistización que subraya una actividad clasista y una valoración demasiado economicista de la liberación humana". "La posición que parece hacer imprescindible el recurso al instrumental de análisis del marxismo cual es la dialéctica de la lucha de clases, lleva a dos conclusiones, por otra parte, subrayada por la Conferencia Episcopal de Chile: primero, que no son universalmente evidentes ni su validez cien-

c) reducción del cristianismo a la sola dimensión de transformación económico-social: "si el cristianismo se enajena de la sociedad y de sus luchas no es verdadero. La fe lleva siempre un compromiso social y político. Sin embargo el compromiso esencial del cristianismo es la evangelización... Los dos aspectos son inseparables. Cualquier interpretación unilateral lleva al dualismo y es enajenante. En el primer caso, hace del cristianismo un anuncio intelectual. Vaticano II lo ha catalogado como uno de los peores errores de nuestra época: divorcio entre fe y compromiso histórico. En el segundo, los valores terrestres hacen olvidar el espíritu del Evangelio que debe animarlos". "Así, quie-



no supo descubrir su propia voluntad de ser, terminando por perder capacidad de dirección política, a pesar de ser la fuerza política mayoritaria del país. La DC reflejaría su desenlace posterior en la forma en que vivió el 4 de septiembre de 1970: en la sede partidaria, la militancia se congregaba y abría fila a la columna de militantes socialistas que celebraban el triunfo de Allende, mientras los demócrata-cristianos gritaban "El uno y el tres, lo mismo es". Para éstos, lo importante fue la derrota del candidato de la derecha. En otro lugar, más céntrico, un fantasma traumó al sector más poderoso de la DC: el fenómeno de Keresky: entregar el poder a fuerzas marxistas ponía en grave riesgo la democracia en Chile. Dos actitudes, ninguna de las cuales era extraña a la matriz ideológico-política de la DC pero que el devenir histórico las situaba conflictivamente, demandando una opción de consecuencias radicales y dolorosas: revolución o democracia parecía como el dilema fundamental: falsa o no, sobre esa base se hizo política en el período.

Esta opción fundamental no surgió de súbito, fue precedida por el debate interno de definición del programa y designación del candidato presidencial. Dos tesis se enfrentaron: una, el camino propio, y otra, la unidad social y política del pueblo. El candidato R. Tomic, era de la segunda pero la mayoría del partido optaba por la primera. Podríamos resumir el drama interno de la DC en términos gráficos: un candidato sin partido y un Presidente sin sucesor. Ambas tesis definían en definitiva la política de alianzas de la DC frente a la izquierda.

El camino propio suponía que la conducción DC del proceso de cambio le restaría base social y popular a la izquierda y que ésta terminaría sometida a la conducción hegemónica de la primera. Efectivamente, la DC se acrecentó con una gran base popular de apoyo, pero el error de esta posición residió en que la política de cambio social extendió el campo popular, sumó al mundo popular nuevos sectores populares, los campesinos y pobladores, en los

cuales la izquierda tenía escasa presencia. El movimiento popular se extendió y fortaleció, conservando la izquierda su fuerte presencia al interior de la clase trabajadora. Se produce una escisión del mundo popular pero el momento histórico era adverso a una DC aislada, la conciencia política dominante en el mundo popular era de profundización del proceso y sustitución del capitalismo.

La tesis de unidad social y política del pueblo suponía poner como centro el proceso de transformación estructural y, a fin de asegurar su éxito e impedir reversión, el entendimiento con todas las fuerzas sociales y políticas comprometidas con los cambios, en concreto, con todas las organizaciones sociales populares y las fuerzas políticas de izquierda.

Ningún sector demócrata-cristiano era ajeno a la preocupación sobre la cuestión democrática. Por ello, todos apoyaron el Estatuto de Garantías constitucionales que elevó a nivel constitucional normas y tradiciones jurídicas pre-existentes, que consolidaban la estructura democrática de la sociedad chilena. La positiva voluntad política de la izquierda y de Allende en especial, al acoger el Estatuto de Garantías, fue apreciada por el sector progresista de la DC como bases reales de consenso interno, por una parte, y perspectivas reales de trabajo conjunto con la izquierda en el desarrollo del programa de la UP, el que presentaba grandes similitudes con el programa de Tomic. Para otros fue, sin embargo, una garantía en estricto sentido, con voluntad de hacerla exigible al menor traspie en el curso del proceso. Por este último cauce enfiló crecientemente el PDC, perdiendo correlativamente toda influencia significativa en su seno los sectores progresistas, quedando reducidos éstos a una minoría. Esto precipitó la división y el surgimiento de la izquierda cristiana.

Ubicada definitivamente en la oposición al Gobierno Popular, provocada una creciente radicalización y división de la sociedad

chilena, como consecuencia directa de la naturaleza de los cambios, la DC ejerce activamente todos los mecanismos de oposición que ofrecía la institucionalidad democrática. A pesar de los leales esfuerzos de sectores más progresistas de búsqueda de diálogo, de hecho la DC perdió la conducción política de la oposición, asumiéndola la derecha política, dominada a su vez por los sectores procedentes del nacionalismo, los que tenían una clara opción abortiva del proceso de transición al socialismo, por los medios que fuere. La **Democracia** será el eje articulador y convocador de la primera alianza política de la DC, en toda su historia, con la derecha. El conservadurismo e integrista católico resurgen, si no con su discurso, sí con sus temas y consignas: la democracia amenazada por el marxismo, la dictadura del proletariado, el totalitarismo marxista, etc.

A partir de marzo de 1973, luego de la elección parlamentaria en que la UP obtiene una gran votación, la derecha descarta como viable para sus objetivos sediciosos la utilización de los mecanismos que otorgaba la institucionalidad democrática. La opción golpista es la única vía posible que les resta para poner término adelantado al gobierno constitucional de Salvador Allende. Será en este período que los sectores que se resisten a una alianza estratégica con la derecha y contrarios a la utilización de mecanismos no democráticos de oposición al Gobierno, principalmente representados por Renán Fuentealba y Bernardo Leighton, pierden definitivamente la conducción partidaria.

En definitiva, la vocación revolucionaria del PDC fue sacrificada en servicio de la defensa de los valores e institucionalidad democrática, presuntamente amenazada. El resultado fue también el sacrificio de la democracia y el advenimiento de una dictadura sustentada por la derecha.

Que todo ello pudiera suceder no es producto de un azar desgraciado, indeseado. La Democracia Cristiana, siendo socialmente un partido de amplia base popular y en los sectores medios, y de una





Los cristianos deben revolucionar las estructuras de injusticia y de violencia institucional que apuntan a los pobres y trabajadores.

indiscutible trayectoria democrática, asentó su vocación popular y democrática con su igual rechazo al capitalismo como sistema económico y a toda forma de totalitarismo como sistema político. Su vocación popular la abría al socialismo, pero su aversión al totalitarismo que condenaba al stalinismo, desconfiaba de las fuerzas políticas de definición marxista leninista.

No fue difícil crear un clima propicio que sustituyera la realidad por el estereotipo. Los propios errores de la izquierda cooperaron involuntariamente a la creación de ese clima que generó la derecha, a través del dominio que ejercía sobre los medios de comunicación social. Corroída la confianza política imprescindible para el funcionamiento de cualquier sistema democrático, Allende y la vía chilena al socialismo dejaron de existir, a pesar de que estaban allí con autenticidad hasta el último minuto. La fábula del totalitarismo marxista sustituyó la realidad.

Tomic había pronunciado una vez una frase lapidaria, tristemente confirmada con la sangre y el dolor de todo nuestro pueblo: "Cuando se gana con la derecha, es la derecha la que gana". El antagonismo radical de los cristianos con las fuerzas de izquierda sólo desnaturaliza a los cristianos

y termina por beneficiar a los sectores antipopulares.

### c) Los cristianos de opción socialista (3)

El marco de referencia conceptual y político de los cristianos socialistas será muy diverso al de la Democracia Cristiana. Traspasar el umbral hacia la convergencia con los sectores populares y marxistas era entrar a un mundo nuevo, con afares y lógica distintas a las anteriores. La actitud inicial será de descubrimiento, de ver, escuchar y participar de los otros, en un mundo cargado de luchas, de esperanza y armado de ideología.

En los cristianos de opción socialista encontramos dos vertientes diversas; una, procedente de la Iglesia, cuyo rasgo central será una opción de fe cuyos títulos se legitiman sólo frente a una nueva teología (inteligencia de la fe) liberadora, que los impulsa a una praxis radical; la otra, procede de una vertiente propiamente política, de inspiración cristiana, y su rasgo central será una opción política que busca la concreción de una utopía histórica y cuyos títulos legitimantes serán propiamente los políticos: un discurso (cuerpo teórico), un programa, una apreciación del tiempo histórico y estado de las fuerzas sociales y políticas y una formulación de alianza.

Teniendo una opción funda-

mental común, además de su común visión cristiana, generalmente ambas vertientes van paralelas, con escasa interrelación y comunicación interna. Este paralelismo tuvo sus raíces en percepciones diferentes sobre la significación del compromiso cristiano en la política. Para los primeros, el compromiso cristiano en la política se vive en cuanto creyente, hombre de fe, inserto en una comunidad de iglesia, en una disposición de servicio al mundo, especialmente a los pobres y desde los pobres. Para éstos, la pluralidad de opciones políticas de los cristianos que consagra el Vaticano II, los libera de la carga de formación de organizaciones políticas de inspiración cristiana y de los objetivos de lucha por el poder político. Aceptada la pluralidad, el compromiso partidario si fuera necesario, debe utilizar los instrumentos partidarios existentes, aunque sean de definición marxista.

Para los cristianos procedentes de una política concreta más que eclesial, el compromiso político socialista y de convergencia con los marxistas se hacía desde una racionalidad que los confrontaba con ideologías, cuerpos teóricos y organizaciones políticas estructuradas, con voluntad de conducir y modelar la sociedad. La afirmación de la identidad cristiana tenía un doble sentido: uno, fundante y desafiante a la vez, ser socialista por ser cristiano y sin renunciar a serlo. Era un desafío a la ortodoxia marxista; otro, rasgo profético, invitante a los cristianos a superar las barreras del alternativismo excluyente y divisorio, como asimismo a tomar en la contradicción social, sin ambigüedad, partido por los pobres, marginales y explotados, en su lucha política de liberación. Implicaba subrayar que la convergencia es un proceso de doble vía, que comprometía por igual a marxistas y cristianos.

Las principales expresiones orgánicas de los cristianos de opción socialista fueron el Movimiento de Cristianos por el Socialismo (MCS) y la Izquierda Cristiana (IC). El MAPU lo fue por su origen, pero oficialmente rechaza ser



considerado como tal, ya que se autodefine en 1971 como organización marxista-leninista.

El MCS y la IC tuvieron una significación muy distinta. El primero fue motivo de contradicción y tensión en el seno de la Iglesia y su existencia tuvo una enorme repercusión internacional. Para la Iglesia, el MCS planteaba cuestiones muy serias: el compromiso político de sacerdotes y religiosos, su adhesión al marxismo, las condiciones para la opción política de los cristianos. En el cuerpo de este artículo hemos hecho referencia a la posición de este Movimiento y las críticas y prevenciones de la Iglesia en su contra. Luego de 1973, el Movimiento se autodisolvió.

La IC tuvo una significativa repercusión en la izquierda, siendo su presencia, más allá de su dimensión, muy valorada. Para muchos demócratacristianos era su conciencia crítica del deber ser.

Al analizar la IC es difícil separar lo simbólico con lo real. Todo observador reconoce en su surgimiento un signo de algo nuevo, de enorme potencial de desarrollo. Con intuición histórica, Luis Maira la llamó "la mayoría que nace". Sin embargo, lo real está aún lejos de aproximarse a lo simbólico.

La decisión de alejarse del PDC, tomada en Julio de 1971, por los cristianos socialistas que militaban en él, a pesar de las apariencias, no tuvo nada de temperamental ni precipitada. Tampoco se produjo por simples razones de coyuntura política. La ruptura no fue buscada ni deseada, fue producto de la profunda convicción de que la DC abandonada definitivamente su vocación revolucionaria —sustitución del capitalismo— y que se deslizaba por una pendiente que podía comprometer gravemente su vocación democrática. Lo último, hacía éticamente imposible la permanencia dentro de él.

Luis Maira describía así la justificación esencial de la IC: "comprometer el aporte propio de los cristianos en la construcción de una nueva sociedad socialista, ligándolos decidida y consecuentemente a la lucha por la liquidación de las estructuras antihumanas

que el capitalismo creó en provecho de una minoría de privilegiados. Realizar a través de su presencia activa en los trabajos de edificación social, la idea de que el cristianismo será parte esencial de cualquier sociedad en el curso de los tiempos" (La Mayoría que Nace, Clarín, 3 de agosto de 1971).

Para la Unidad Popular, el surgimiento de la Izquierda Cristiana fue inicialmente percibida como un nuevo elemento fundamental, que aseguraba el éxito del proceso de cambios, por una parte, afirmaba el rasgo plural de la alianza de gobierno y del proyecto de socialismo que se postulaba. Allende fue enojosamente crítico con el MAPU por su evolución hacia el marxismo-leninismo; permanentemente expresó que la revolución necesitaba la presencia de cristianos que sean tales y no de nuevas organizaciones marxistas. Por otra parte, la posibilidad de alterar substancialmente la correlación de fuerzas, sociales y políticas, a favor del proceso. El desgajamiento de sectores nacionalmente significativos de la DC, debilitaría al partido más importante de la oposición y abría una perspectiva de enlace con sectores sociales en los cuales la izquierda tenía escasa influencia. La IC tenía un aporte y un espacio político propio en el seno de la izquierda.

¿Cómo reaccionaba la IC frente a esta visión y demanda de la izquierda hacia ella? Es difícil sintetizar una respuesta. Un primer esfuerzo es de afirmación de identidad: ¿quiénes somos? "No somos conversos al socialismo, somos y éramos en el seno del PDC cristianos con opción socialista y luchamos lealmente al interior de ese partido para que asumiera un rol dirigente en el proceso de cambio. No somos advenedizos, pero queremos aprender y compartir la experiencia de hacer la revolución". La restricción ético-política mayor que tenía y se autoimpone a la IC era el hecho de que se trataba de un proceso ya en marcha, en el gobierno, y con una sólida composición interna de la alianza UP. Puestas así las cosas, a la IC le interesaba definir la naturaleza de su aporte al proceso y definir al carácter de la alian-

za de cristianos y marxistas.

Podemos resumir en dos fases el mensaje de la IC a la izquierda: corregir los errores del proceso para sumar fuerzas al mismo y profundizar los avances para impedir la reversión del proceso.

La IC tenía autoconciencia de que ella no le restaba fuerza social significativa a la DC, porque en su seno el proceso de derechización o de ruptura con el proceso de cambio era mayor a nivel de la base que a nivel dirigente. Y a nivel de la base, los problemas del sectarismo, del cuoteo, de la ineficiencia, operaban anticuerpos que los alejaban de una perspectiva de entendimiento con la izquierda; por el contrario, los impulsaba a presionar por una posición de ruptura, de oposición radical. Sin corrección no había suma.

Respecto de lo segundo, la IC se proponía despejar una concepción simplista, aquella que reducía la incorporación de los cristianos al proceso de cambios a una necesidad táctica, necesaria para la coyuntura y, por otra parte, subordinada a la hegemonía de los partidos obreros y poseedores de la única teoría revolucionaria. La derecha alimentaba esta visión tactivista. El afán de esclarecer positivamente esta cuestión jugó un efecto distorsionador en el quehacer político de la IC: una radicalización excesiva, desproporcionada a su peso y dimensión orgánica. Trató de compatibilizarlo internamente con la tesis del "destacamento especializado de cristianos revolucionarios", lo que redundó en una reducción de su propia proyección histórica.

Esta tesis fue abandonada posteriormente, porque la cuestión no era la suma de los cristianos a la construcción socialista sino la asunción como propia de esta perspectiva histórica, en plena igualdad con otras fuerzas de pensamiento socialista.

La IC marca el inicio de una relación política-orgánica de los cristianos con las fuerzas populares, desde el seno mismo de éstas. Lo relevante históricamente es que se trata de un sujeto identificado y reconocido como propio por la izquierda.

La experiencia de convergencia



entre cristianos y marxistas tiene una práctica concreta, una historia compartida más en las duras que en las maduras. Su palabra y capacidad de acción política tienen títulos propios y renovados.

## ALLENDE Y LOS CRISTIANOS

La cuestión de la relación de los cristianos con el marxismo y las fuerzas marxistas, como la del compromiso político de los cristianos en la construcción de una sociedad socialista, han sido temas de análisis y desarrollo predominantemente del mundo cristiano, más que del análisis propiamente marxista. Para éstos, se reduce el tema más bien a lo que se denomina 'política de alianzas', con sujetos sociales y políticos a los que se consideraba como de conciencia política e ideológica rezagada, progresista, pero inmaduramente revolucionaria. Por expresarlo gráficamente, el criterio era que los cristianos llegan al marxismo y se suman al socialismo, conducido hegemoníicamente por las fuerzas marxistas, pero los marxistas no llegan a los cristianos. La izquierda chilena no definía política hacia los cristianos, como lo hicieron los marxistas europeos. La política de mano extendida del PC francés o del compromiso histórico del PC italiano, son formulaciones ajenas al desarrollo político de la izquierda en Chile. La cuestión fue resuelta de una manera diversa: afirmando el carácter pluralista del proyecto socialista se estimaba definir elementos suficientes como para descartar, por una parte, la experiencia de transformar el marxismo en ideología oficial del Estado y, por otra, asegurar una vocación democrática, ajena a la experiencia de partidos únicos o hegemoníicos.

Dada esta definición, la cuestión se limitaba a la búsqueda de entendimiento político al interior de las instancias democráticas de la Democracia Cristiana.

Allende comprendió que esta visión predominante en los partidos marxistas era insuficiente. El vocablo 'cristiano' como sustantivo y no como adjetivo se

asoma en las intervenciones de Allende. El 1º de Diciembre, ante el Congreso Nacional de México, describía en los siguientes términos su gobierno: "Presido un conjunto de partidos, que tienen un Programa y un Ideario y una voluntad de realizarlos. Chile hace su revolución —que es todavía un proceso revolucionario en marcha— a través del marco de la Constitución y las leyes burguesas.

"Presido un gobierno que no es un gobierno socialista, pero que abre y abrirá sin vacilaciones el camino al socialismo, dentro del pluralismo, la democracia y la libertad.

"Las bases políticas de mi Gobierno están afianzadas con la presencia en él de los partidos que la integran: laicos, marxistas y cristianos que se han comprometido a hacer posible las grandes transformaciones que permiten estructurar una economía al servicio del hombre y de las mayorías nacionales".

El discurso de Allende se separa de las tonalidades clásicas que caracterizaban el discurso de la izquierda, en él se van incorporando, repetidamente, los elementos humanistas y libertario de su concepción y proyecto socialista, más que las referencias puramente clasistas y agitadoras: "Para nosotros, la revolución no es destruir, sino edificar; no es arrasar, sino levantar formas distintas de convivencia de las mayorías nacionales..." Ante el Congreso de Colombia: "...sobre esa base marchamos con la decisión de convertir la libertad abstracta en una libertad concreta que la sienta y la viva, que la comprenda y la defienda el pueblo. En democracia, pluralismo y libertad, caminar con decisión a construir una nueva sociedad". Más adelante, agregaba: "para ser revolucionario, hay que iniciar la revolución interior", y ella comienza en las personas.

Son contenidos y valores profundamente compartidos por la cultura cristiana y la cultura política de nuestro pueblo. En Ecuador, en conferencia de prensa

(26 de Agosto de 1971), declaraba: "Voy a recalcarles un hecho que caracteriza a Chile. Cuando los presidentes asumen el Gobierno, entre los actos oficiales importante se realiza un Tedeum. El señor Cardenal de la Iglesia Chilena fue a visitarme como es tradicional, antes de asumir el Gobierno; conversamos sobre los problemas de Chile y del mundo. La Iglesia chilena tiene una posición renovadora, afianzada en la realidad, muy firme y consecuente con los principios cristianos. Solicité al señor Cardenal —pese a no ser un creyente—, por respeto a los chilenos, que en su mayoría profesan una religión, se realizará el Tedeum. El señor Cardenal de la Iglesia Católica chilena accedió de inmediato... Este hecho, caracteriza lo que somos y lo que seguiremos siendo. El problema, pues no es de creencias". Allende valoraba profundamente la presencia cristiana en el proceso y en el Gobierno: "la base política de mi Gobierno es una combinación de laicos, marxistas y cristianos", las tres vertientes culturales e ideológicas que han formado el ser y la cultura nacionales. Respetaba a la Iglesia y apreciaba profundamente su posición renovada y comprometida. Esperaba que la Democracia Cristiana estaría por los cambios y colaboraría con su gobierno. Allende abrió un nuevo capítulo en la historia de Chile. Quedó inconcluso. Sólo una combinación similar a la que lo sustentó, unificada bajo un proyecto histórico similar al de Allende, podrá poner término a su obra y pensamiento político.

### Referencias:

- (1) El Partido Conservador deja de existir formalmente en ese período.
- (2) El autor cumple con el deber de hacer presente que no ha tenido acceso a material documental. Su referencia principal es la experiencia principal.
- (3) El autor hace presente que sólo posee escaso material de referencia. Su fuente principal es la propia experiencia.